



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 2 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coscauzo.—Uno ídem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno ídem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL TRIBUNAL SECRETO.

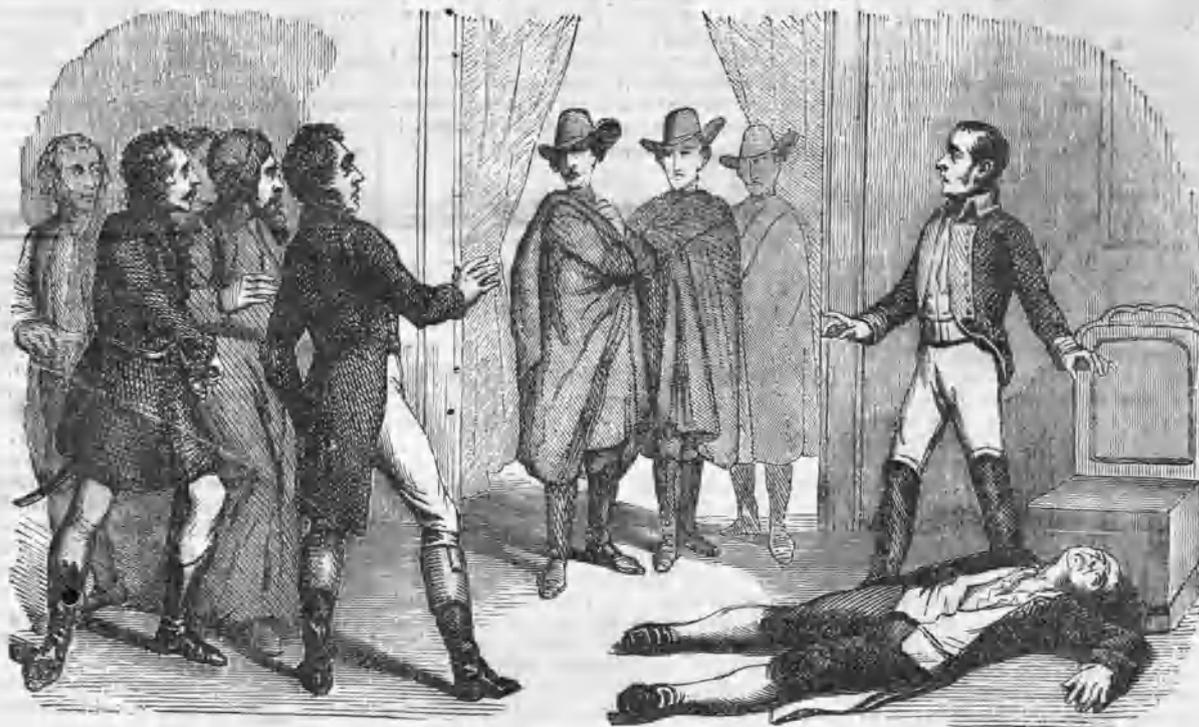
Una gran parte de la Alemania estuvo durante muchos siglos sometida á un poder judicial, no menos temible y no menos temido que la Inquisición. Esta jurisdicción, cuyo recuerdo solo

está aun hoy rodeado de una especie de terror, era designado bajo el nombre de *Tribunal de los jueces francos*, de *Santa Wehme*, ó de *Asociación Wehmica*, de tribunal secreto de Westfalia.

Largas discusiones se han suscitado sobre el origen de estas diferentes denominaciones. Nosotros no citaremos sino una sola de las etimologías propuestas, porque no menos fundada tal vez que las otras, nos parece no menos ingeniosa. El nombre de *Wehme*, según esta interpretación, sería derivado de las palabras latinas *Vae mihi*, ¡desgraciado de mí! exclamación que podían seguramente pronunciar con derecho todos los justiciables del terrible tribunal.

Este famoso tribunal secreto, cuyo poder misterioso, inevitable, invisible, surgió en Alemania en medio de las ruinas de todos los demás poderes derribados á su vez en las luchas del emperador y de los nobles, del clero y del tercer estado, contaba cien mil iniciados, unidos

entre sí por inexorables juramentos, á poco tiempo de su institución, cuya época fija no se sabe, aunque según los mas acreditados autores, fué establecido hácia fines del siglo VIII ó principios del IX, por el emperador Carlo-Magno, por consejo del papa Leon, para mantener los sajones recientemente convertidos á la fe cristiana. Los crímenes contra la religión fueron, pues, los primeros que los jueces francos castigaron; pero pronto estendieron desmesuradamente sus atribuciones, arrogándose la facultad de perseguir los crímenes de toda naturaleza. La sede de este tribunal temible, estaba no solo en la sombra de los subterráneos, como han escrito algunos novelistas, sino al aire libre y en público. Hacía sus citaciones en los tilos del Jardin de Arensburg, en el mercado de Ormund y en los pinares de Efferinghausen, uno de los tribunales mas célebres. Una parte del país que hablaban los antiguos sajones, la Westfalia, era la silla princi-



Asesinato de Kotzebue.

pal de la Santa Wehme, y se la llamaba sola propiamente hablando *la tierra wehmica*. El tribunal se componía de un gran maestro, jefe soberano de los condes francos que presidían los tribunales de los jueces francos que pronunciaban sus sentencias; de los ministros é iluminados, que ejercían el empleo de dependientes, y en fin, de los aliados, á los que pertenecía el cargo de ejecutores de las sentencias.

Una horrible ceremonia acompañaba la recepción de los aliados, cuyo número en la época de la mas alta prosperidad de la asociación wehmica á principios del siglo XV, pasaba de cien mil hombres. El recipiendario, que debía ser rigurosamente germánico, de condición libre, cristiano, y además presentarse garantido por dos jueces francos, se adelantaba con la cabeza descubierta delante del tribunal; se arrodillaba á los pies del conde franco, ponía la mano derecha sobre una espada desenvainada y sobre un lazo de cuerda, y pronun-

ciaba en esta actitud el siguiente juramento:

«Juro por la Santísima Trinidad ayudar y cooperar sin descanso á la santa causa wehmica, defenderla contra muger é hijos, contra padre y madre, contra hermanos y hermanas, contra fuego y agua, contra todo cuanto ilumina el sol, contra todo cuanto humedece el rocío, contra todo lo que existe entre el cielo y la tierra, y denunciar á esta santa sede, á cuyos pies estoy postrado, todo lo que tenga relación con la seguridad del emperador, todo lo que sepa ó oiga decir en verdad, y que merezca pena ó castigo; todo lo que sea justiciable ó susceptible de ser perdonado; lo que no omitiré, ni por amor, ni por dolor, ni por oro, ni por plata, ni por piedras preciosas; y obligo á la ejecución de esto mi cuerpo y mi fortuna; juro además honrar este tribunal franco y todos los demas, lo que ejecutaré fiel y cumplidamente, y si así lo hiciera, Dios me ayude y su Santo Evangelio, y si no me lo demande.»

El conde franco pronunciaba en seguida un discurso sobre los deberes de los jueces francos; se le leían al candidato los estatutos de la asociación, y se le instruía de los diferentes signos por medio de los cuales podían y debían reconocerse los iniciados.

Los jueces francos, de aspecto lugubre, ojos penetrantes, frente meditabunda, cabellos esparcidos, se vestían con túnicas negras, llevando un puñal en su cinto, y cuerdas á manera de banda. Llamábanse entre ellos *prudentes* y *previsores*; su palabra de orden, ó santo y seña, era *Wehm-Gericht*. Al ponerse á la mesa volvían la punta de los cuchillos hácia su pecho. Si en la conversacion hablaban del *peral*, de *bedelsch üing* ó del *cementerio de Sandkirchen*, ó del *condado libre de Dortmund*, bajaban respetuosamente la cabeza, porque eran los puntos reverenciados donde estaban los tribunales wehmicos. Si veían rosas, llevaban una de estas flores sagradas á los labios, ó las ponían sobre su

edra. Para probar alguna sospechoso, figuraban estas cuatro letras: S. S. G. G.; era preciso pronunciar inmediatamente las cuatro palabras *Stroh, Stein, Saass, Guers* (bastón, piedra, yerba, hanto). El juramento pronunciado por el candidato que entraba en los jueces francos, debía ser observado con extremo rigor, porque la espada desnuda y la cuerda no estaban allí solo como accesorios puramente conminatorios. La muerte castigaba inmediatamente la mas ligera indiscreción cometida por un iniciado; la advertencia mas indirecta dada por un gesto ó por una palabra á un condenado á quien se quería salvar. Así un iluminado pagó con su vida esta sola frase murmurada en una comida al oído de uno de sus amigos, sobre el que se hallaba levantada la espada wéhnica:

—Se come en otras partes mejor pan que aquí.

Los castigos, de los que el menor consistía en la muerte pura y simple por el acero ó por la cuerda, eran graduados, según la posición wéhnica del culpable. El iniciado sin grado era ahorcado solamente siete veces mas alto que los criminales vulgares, mientras que el conde franco, convencido de infracción de los reglamentos, era cogido por sus familiares, envuelto en un velo, echado en tierra boca abajo, y después le hacían detrás de la nuca una incisión bastante profunda para que pudiesen sacar por ella su lengua, y en seguida le ahorcaban.

Los jueces francos podían reunirse por todas partes en tribunal, así en las casas como en el medio de los bosques, en los subterráneos como al aire libre. Los familiares, provistos de cuerdas y puñales, guardaban las inmediaciones del santuario, y daban inmediatamente muerte á los imprudentes que sorprendían en delito fragante de curiosidad. De dos maneras procedía el tribunal: por debates contradictorios con el acusado, ó por la vía inquisitorial. Cuando se daba una denuncia contra un individuo por uno de los cien mil miembros de la asociación wéhnica, uno de los familiares iba á intimar al acusado que compareciese ante los jueces francos. Fijaba la citación con la punta de un puñal de forma particular: en cualquier parte que fuese el sitio que habitase el desgraciado denunciado, pronunciaba en alta voz la misión que cumplía, y se llevaba un fragmento de piedra ó de madera arrancado con su puñal, como prueba de que había cumplido su cometido. Tres veces se hacía esta intimación en la misma forma antes del día señalado para el juicio. Llegado ante el tribunal el acusado era interrogado, y tenía el derecho de rechazar la denuncia. En caso de condenación, que era lo mas ordinario, se rompía una varita sobre su cabeza, y se le abandonaba á los familiares, que pronto le ahorcaban. Si el denunciado no comparecía, se le condenaba bajo la fe del denunciador; y este procedimiento sumario, llamado inquisitorial, era el mas generalmente empleado. Cuantas veces dos jueces francos eran simultáneamente denunciadores, cuantas veces había un delito infragante comprobado por un iniciado, se omittía el llamar al acusado; su proceso se instruí, y se pronunciaba su condena sin que se apercebiese del peligro que le amenazaba. Dos de los afiliados mas jóvenes recibían la misión de ejecutar la sentencia: se ponían á seguir la víctima que se les entregaba, y apoderándose de ella por fuerza ó por astucia, le daban la muerte ahogándola ó dándole de puñaladas. En vano é inútilmente apelaba el condenado en su ayuda: á la vista del puñal wéhnico, cuya forma era conocida, todos permanecían inmóviles, porque la menor intervención en favor de un proscrito condenado por el bando wéhnico, era un crimen castigado de muerte.

Los ejecutores de la Santa Wéhne no colgaban sus víctimas de horcas comunes: querían que sus obras no se confundiesen con las de la justicia ordinaria. Así dejaban, para que se pudiese distinguir sus actos, su puñal en el cuerpo de aquel que habían amolado, y los cadáveres permanecían sin sepultura.

Protegida por el terror que inspiraba la asociación wéhnica, se mantuvo en pleno poder durante muchos siglos. Al fin, algunas ciudades alemanas, indignadas de lo odioso y ofensivo que había en semejante institución, formaron sus ligadas á una asociación común contra los jueces

francos, y apasiecan á la Santa Wéhne sus propias armas, la cuerda y el puñal. Por otra parte, los emperadores de Alemania, después de haber autorizado y protegido largo tiempo un tribunal del que habían hecho uno de sus mas poderosos y activos auxiliares, se alarmaron del espantoso desarrollo que habían tomado los jueces francos, que de subordinados tendían á convertirse en amos. La asociación había además sufrido una modificación en su carácter; habiendo llegado un arzobispo de Colonia á ser gran maestro, el tribunal se convirtió poco á poco en exclusivamente religioso, y perdió por eso mucho terreno. Diferentes causas trabajaban así en destruir la institución wéhnica, cuando la revolución religiosa del siglo XV y los progresos de las luces, vinieron á darle el último golpe. Su organización era, sin embargo, tan fuerte, que no podía obrarse su destrucción sino lentamente. Jamás llegó á declararse formalmente abolida. A fines del último siglo, los jueces francos, conservando siempre su temible nombre, fueron despojados de su poder, é inocentes como los francmasones é inofensivos, se reunían todavía para leer sus antiguos estatutos. La institución decrepita pareció reanimarse y rejuvenecerse bajo los nombres de *Tagend-Bund y Burschenschaft*, cuando las poblaciones alemanas formaron sociedades para luchar contra el emperador Napoleón Bonaparte. Después, á la caída del régimen imperial, los asociados trabajaron contra el despotismo que pesaba sobre la Alemania, y su existencia se reveló por un golpe escandaloso. El célebre escritor Kotzebue, acusado de atentar contra la libertad germánica, fué inmolado al grito de *¡Viva Teutonia!* por el jóven iluminado Sand, que dejó en la herida el puñal con un cartel, en que se leían estas palabras: «Sentencia de muerte ejecutada contra Augusto Kotzebue, en 23 de marzo de 1819.» Este fué el último golpe que dió el tribunal de los jueces francos; enérgicas medidas produjeron después su disolución, como la de las demas asociaciones de esta clase.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

UN DUELO Y UN MATRIMONIO.

ó

LOS AMORES DE UNA MARQUESA VIUDA.

I.

Nada tan seductor como el gabinete de la marquesa de Vincy á mediados del siglo último. Todos los encantos á que el lujo y el arte habían llegado, estaban prodigados en él con un gusto tan delizioso, que dejaban muy atrás las mas elegantes maravillas de ese género. La fábrica de Gobelin había dejado allí sus mas ricas y blandas alfombras. Sevres había traído las porcelanas mas primorosas. Francisco Boncher, el pintor favorito de Luis XIV, había dejado impresas en el cielo rasos sus poéticas inspiraciones con los rasgos de su poderoso pincel; los tapeleros y los muebles estaban forrados de preciosas sederías fabricadas en Tours, en las que el oro se mezclaba delicadamente con los colores mas brillantes; las molduras, esculpidas con destreza, resplandecían de dorados. Al poner el pie en ese santuario, se experimentaba una dulce sensación, un deleite infinito parecido al que produce la presencia de la muger angelical que nos embriaga de ternura con su mirada y encanta nuestra existencia con sus hechizos.

Ese poder simpático, que domina y seduce con exquisita sensibilidad, lo poseía la marquesa de Vincy en el mas alto grado. Si hubiese sido coqueta, habría podido abusar de ese poder para encadenar numerosos adoradores; pero era una de esas naturalezas favorecidas, en las que siempre la inteligencia corrige y domina las pasiones que pueden vivir en medio de las seducciones, sin dejarse llevar por el ejemplo ó perniciosos consejos.

Casada á los diez y ocho años, á su salida del convento, con un hombre á quien apenas conocía, y viuda á los veinte y tres con un hijo de

cuatro años, la marquesa no había cesado de ser una señora bondadosa y hechicera, satirizando con finura las ridiculeces, pero sin mezclar jamás la negra mormoración á sus inocentes sarcasmos.

El mundo había tratado una vez de domar alguna duda sobre su conducta, pero una circunstancia fortuita había impuesto fuertemente silencio á la maledicencia. El marqués había hecho, en efecto, un casamiento de fortuna y de orgullo; el corazón era la última cosa que él había pensado en consultar al desposarse con la jóven pensativa, que era huérfana, y esta, transportada súbitamente de la vida pacífica de su colegio en medio del torbellino de Versalles, se había sentido grandemente asombrada. Pobre tortolita arrojada en medio de los buitres, había principiado á mirar en derredor de sí con el presentimiento del peligro, para hallar un apoyo. Pero en vano había fijado sus investigaciones en aquellas mugeres ligeras y coquetas, pues no había reconocido mas que celos; en vano había tratado de hacerse un amigo; no había visto mas que fatuos presuntuosos, muy dispuestos á perderla. En cuanto á su marido, el infeliz, sin cuidarse de su tesoro, llegaba hasta el extremo de indignarse de la santa castidad de su jóven esposa, y para desquitarse de su pública reserva, no sabiendo adivinar el tesoro de ternura y acendrado afecto que desdeñaba, buscaba en el juego y en las curias asistidas de alguna artista de la Opera, placeres ficticios para sus sentidos embotados.

Desorientada de ese modo, la jóven marquesa había luchado largo tiempo animosamente, debatiéndose con la energía de la desesperación contra los lazos que de todas partes le tendían, y que su admirable instinto le revelaba. Pero en fin, un día había en su alma un cruel desaliento.

Los extravíos de su marido le habían sido revelados en toda su repugnancia; la marquesa se había visto juguete de ese desgraciado, unido en los últimos atordimientos del vicio, tan degradado, que en un momento de embriaguez ó delirio, pretendió tratarla como á sus mas impúdicas mancebas.

Al sentir ese ultraje, se irritó toda la nobleza de la sangre de la marquesa; no fué ya dolor lo que sintió, sino indignación, cólera, y la cólera suele ser mala consejera. Lo que no habían podido las lisonjas, las seducciones, las mentiras doradas del mundo, lo operó súbitamente el desprecio hacia su marido. Dijo para sí que necesitaba vengarse, y... ¿lo diremos?... era aun demasiado muger para pensar el vengarse de otro modo que como muger.

En el número de los mas asiduos compañeros del marqués, se hallaba el caballero Héctor del Barré, nombre noble bastante manchado tambien, pero á lo menos Héctor no era venal como todos los nobles; no valiendo mas ni menos que los otros, valía infinitamente menos que ellos, pero tenía un sello peculiar, que á los ojos de quienes no conocían todos los misterios de su vida, podía granjearle una idea favorable de su talento y su persona.

La marquesa, naturalmente extraña á los rumores de los garitos, y aun á las anécdotas de las callejuelas, notó la buena cara del caballero, su talento incisivo y hasta impertinente; y como no conocía de su reputación mas que una cosa, sus numerosos duelos, le parecía que un caballero que tan bien se batía, no podía carecer de nobleza y franqueza. Una vez que había cobrado repugnancia á su marido, se dejó arrastrar á escuchar las palabras de respeto y consuelo que el caballero supo prodigarle con el arte mas perdido. En una palabra, llegó á creer en sus protestas de sincero afecto, en su amistad; la pobre muger creyó podía acordarle la suya, y le dijo su amor.

Un dia, apurada mas vivamente, cedió á un arrebató de su corazón; la marquesa respondió en términos calorosos á una carta suya concediéndole una cita. ¡Hay tantas que hacen cosas peores, sin tener la misma disculpa, que podemos perdonarle ese momento de olvido!

El acaso, ó mas bien la Providencia, vino á salvarla del lazo en que iba á caer. Héctor del Barré, arruinado en el juego, había querido reconstruir su fortuna por medio del juego. La suerte le era contraria, y había llamado la des-

treza á su socorro. Estaba deshonrado, y su familia espantada habia obtenido, á fuerza de proteccion, una órden para deportarle. En el mismo momento en que iba á la cita de la marquesa, una escuadra de agentes apostados en su busca, le echaron mano, le metieron en una silla de postas y le condujeron hasta el Havre, en donde el capitán de un buque que partía para las Indias, le recibió con órden de llevarsele.

El día siguiente, esa aventura circulaba por París y Versalles, y Mad. de Viney daba gracias al cielo por haberla arrancado milagrosamente de los brazos de aquel desdichado. Los curiosos y las envidiosas que habian espiado las relaciones del caballero y de Beria sin hallar aun mucho que desgarrar, se vieron desde entonces reducidos al silencio, y la marquesa, aleccionada por el peligro que habia corrido, se halló fortalecida para siempre contra todo peligro del mismo género.

Poco tiempo despues murió su marido, y en el momento en que principia esta historia que ha exigido ese largo preámbulo, tenía veinte y cinco años. La hallamos recostada sobre el blando sofá del retrete que hemos bosquejado. Los elegantes contornos de su talle se dibujaban en el almohadon; su cabeza reposaba tranquila y pura sobre el damasco. Parecia entregada á esa soñolencia llena de encantos y agraciadas visiones, en que no está uno dormido ni despierto. Uno de sus brazos rodeaba su blanco y delicado cuello; el otro, medio colgado, tenía un papel en la mano, en que se leian algunos versos. ¿Era el contenido de ese papel lo que causaba el sentimiento de placer derramado en todas las facciones de la jóven señora? ¿Era acaso algun pensamiento de fidelidad? No podemos decirlo.

Sin duda habria permanecido largo tiempo en esa actitud, si tres golpes dados discretamente á la puerta de su santuario, no la hubiesen llamado á la realidad. La marquesa dejó escapar el papel que voló bajo un sillón, levantó la cabeza y pronunció con despecho esta impestiva palabra, que venia á desmoronar los mágicos castillos de su imaginacion:

—Entrad.

El que de ese modo penetraba hasta ella sin ser anunciado, era un personaje alto, seco y solemne, cuya afeccion en adornarse como un jóven, hacia resaltar aun mas sus arrugas y tirantez ordinaria. Aunque no tenía mas de cuarenta y cinco años, su andar y sus facciones eran de un hombre de sesenta. Eso era lo que el conde de Laguiche (asi se llamaba el recién llegado), habia sacado de mas positivo de lo que el llamaba su destreza y sus conquistas.

—Sed bien venido, querido conde, dijo madama de Viney, cuya cabeza habia vuelto á caer en el almohadon con la mas completa indiferencia.

El conde se inclinó, tomó suavemente la mano que habia dejado escapar el papel, y estampó en sus finas y rosadas uñas un beso imperceptible.

—Sentado, dijo la marquesa.

—Estais tan bella así, respondió el conde con su tono mas galante, que permanecería uno en pie contemplándoos sin fatigarse jamás.

Luego, satisfecho sin duda de ese madrigal que habia arrancado una ligera sonrisa á la marquesa, buscó con la vista si podría ocupar un pequeño asiento sobre el sofá á sus pies; pero no pareciéndale esto posible, se volvió hacia el sillón bajo del que se habia deslizado el papel que él perhibió.

En esta sintió dos impulsos muy distintos: el primero fué de ocuparse vivamente del papel, y el segundo, que llegó inmediatamente, fué volverse hacia Mad. de Viney, diciéndola con un tono muy conmovido:

—Marquesa, marquesa, estoy percibiendo una carta bajo este sillón!

—¿Una carta? replicó la marquesa. ¡Ah! ya caigo; es un papel que tenía en la mano en este instante... Y bien ¿qué haceis?

El conde siguió en su indecision, entre el deseo de coger el papel y el temor de ser tachado de curioso.

—Ese papel, marquesa...

—Ese papel, querido conde, ya que tanto os preocupa, recogedlo.

—¿Hay indiscrecion?

—¿En verdad? de ninguna manera.

—Pero ¿qué veo, marquesa?... son versos que os han dirigido.

—¡Bien! ya vuelven vuestros espantosos celos.... Sin duda que son versos; pero os aseguro que no están dirigidos á mí, y tendria gran dificultad en decir á quien estaban destinados.

Un observador hábil habria descubierto quizás un ligero matiz de despecho en estas últimas palabras. El conde de Laguiche recorrió el papel, que no contenia mas que un fragmento; eran palabras misteriosas que pintaban una pasión ignorada, ardiente y sin esperanza. Por lo demas, no habia nombre alguno.

—Pero ¿cómo están en vuestro poder estos versos?

—Aguardaba esa pregunta, replicó la marquesa, en cuyas facciones se pintó un tinte involuntario de desagrado. Fué mi hijo Eduardo, que jugando en el gabinete de su preceptor, los ha mezclado con sus cuadernos y los ha traído aqui. ¡Ya veis en qué pasa su tiempo vuestro Alberto!

En el modo con que la marquesa pronunció el nombre de Alberto, habia una espresion muy particular de severidad, que pareció apesadumbrar mucho al conde.

—¿Con que tan enojada estais con ese pobre muchacho?

—¿Es que tambien hace todo lo contrario de lo que yo deseo! Educa á mi hijo con principios pasmosos; le enseña cosas de que yo no comprendo nada... Eduardo no hace ningun progreso.

—Ningun progreso! Un niño que apenas tiene siete años! Mirad, marquesa, prometedme no enfadaros, y dejadme decir algunas palabras sobre esto.

Debemos advertir al lector que lo que daba al conde la entrada libre en el cuarto de Mad. de Viney, era el consentimiento de esta en su peticion en matrimonio. Si, esa jóven y agraciada viudita, conociendo que no podia vivir siempre aislada, especialmente á causa de su hijo, habia aceptado, en su repugnancia del mundo, la proposicion del conde de Laguiche, no porque le amase, pues era muger de demasiado talento y gusto para ello, sino porque le habia cobrado estimacion por algunas buenas prendas que habia notado en él bajo sus genialidades y ridiculeces.

(Se continuará.)

• DE LOS ESTIMULANTES.

EXCITACIONES FICTICIAS.—SU PELIGRO.—EL TABACO.—EL ALCOHOL.

«Mis primeros años, dice un filósofo, como pródigos antepasados han desheredado á los ulimos. Si no cuento esto en el número de los remordimientos, lo pongo en la primera fila de mis arrepentimientos, porque para hacer todo, y sobre todo el bien, la salud es lo mas necesario. Es muy difícil conservar un alma sana en un cuerpo mal sano.»

Un hombre, por ignorancia, por abandono ó por cálculo, se abandona al lujo, á la buena mesa, á la ociosidad, á una instigacion estudiada de gozes sensuales enervantes; pasa trabajosamente la vida en no hacer nada. ¿Qué sucede? La impresionabilidad estrema, es decir, una sensibilidad casi mórbida, se manifiesta, un ligero estimulante adquiere entonces proporciones estremas; el tejido muscular se ablanda, los órganos se debilitan ó no se reaccionan suficientemente; una hipersercrecion de gástrica aumenta bien pronto este fatal estado de debilidad. Si este hombre no se detiene saboreando su pasto de bienestar material; si cae, como decia el cardenal de Richelieu, «en esa naturaleza terrenal y animal que se adormece en su grasa,» es seguro que por resúmen, inerte de una parte, y muy abundante por otra, llega á una plétora mórbida, á una postracion vital, manantial inagotable de dolores.

Porque la enfermedad es un rudo pliegue enuelto en hojas de rosa, sobre las que esas imprudentes descan tenderse; y esas personas obesas, de gran vientre y cargadas de enfermedades,

son tristes é irrecusables pruebas de ello. Cuán lejos está semejante disposicion de aquella en que se observa una lucha victoriosa del organismo contra sus agentes modificadores; inclu que de su cuerpo robusto, al que estando dotado de una actividad poderosa y bien arreglada, le ejerce completa y enérgicamente, aunque siempre en los límites compatibles con la salud. La palabra *robustez*, tan enérgica y tan exacta, espresa perfectamente ese estado de constante energia de un hombre sóbrio y activo, que lleva las pruebas de una vigorosa complexion en sus miembros, como tambien frecuentemente la alegría en su corazon y la tranquilidad en su cerebro. La fuerza, la inalterable salud, son las consecuencias naturales de esa actividad mesurada, que no se debe cesar de aconsejar. Este principio se estiende á todo, á los trabajos como á los placeres; porque no debe creerse, como lo pretendia un hombre de talento, que «arreglarse bien se reduce á no comer (ruías, por temor á los calambres del estómago.» No es preciso en todas cosas apreciar claramente la vida, y calcular lo mas verdadero. Siguiendo la verdadera y buena manera de contar, la felicidad no es mas que la suma de los placeres, cuando se han restado de ella los males. Yo creo que se debe estar satisfecho del cálculo si el resultado es cero.

Estimuláos enérgicamente, elevad los resortes á un grado excesivo, y entonces esperad un resultado funesto é infalible. La debilidad, la postracion, la especie de anonadamiento pasagero que se verifica despues de violentas sobrecitaciones (cualesquiera que sean las causas), son las pruebas manifiestas de eso. Esos efectos son siempre proporcionados á la intensidad de las causas, á la duracion de toda accion, comparadas con el estado de las fuerzas orgánicas en excitabilidad. Pues precisamente esa comparacion es lo que se trata de hacer. Se podria casi definir la enfermedad como el vicio, un falso cálculo de probabilidades, una apreciacion errónea del valor de los placeres y de las penas.

El atractivo del placer, es, sobre todo, el escollo en que se encalla. El hombre, ese niño grande conducido por la locura, parece decir: dadme mas. De ahí esas necesidades perpétuas de sentir exaltarse la vida bajo todas sus formas, y con una variedad de impresiones; de ahí tambien la influencia corrosiva del sibirismo de la vida opulenta mal dirigida; porque de la satisfaccion excesiva de una necesidad, nace una necesidad mas; es la antigua fábula del tonel de las Hantides, ese resultado ya señalado de la ley fisiológica de que ya hemos hablado. Así es mas que dudoso para cualquiera que reflexione, que haya hoy en el fondo de las almas mas satisfaccion, un placer mas verdadero que en los tiempos antiguos, por mas que haya incomparablemente mas lujo, mas esmero, mas comodidad en nuestras casas, en nuestros vestidos, mas refinamiento en nuestro régimen, mas instruccion en nuestras cabezas. La naturaleza del hombre no ha cambiado; tambien es verdad que la experiencia no corrige; todos los días se tienen millones de pruebas del peligro de la sobrecitacion orgánica; pero pasando desapercibidas, se tienen como inútiles, ¿quién puede ser la causa que lance así al hombre en el abismo? Por una parte el deseo, siempre activo, de tener mucion; por otra consiste en que el peligro jamás se hace inmediato. Segun Montaigne, ¿por qué no mete uno su mano en el fuego? es que la quemadura se hace sentir al punto. Pero no sucede lo mismo en los extravios y las pasiones de la vida humana. Y sin embargo, el castigo es tan cierto si uno no se detiene; y como dice excelentemente Plutarco, «llamamos retraso, en nuestra ignorancia, el tiempo que la divina justicia emplea en elevar al hombre para precipitarle.» Esta reflexion de un filósofo de la antigüedad, de gran ingenio, es en un todo aplicable á la justicia de la naturaleza; esta es una Nemesis, que como la de la antigüedad, puede conceder un plazo, pero jamás perdona al culpable. Las leyes que pronuncian el castigo son las mismas del organismo; han sido ellas la condicion de la existencia bien dirigida; ellas aplican la pena de la existencia anormal. Esas leyes constituyen la necesidad ó la naturaleza de las cosas, contra la que no puede haber apelacion.

Esta segunda naturaleza, que teniendo general en la economía toma el nombre de temperamento adquirido, no deja generalmente fuerza alguna á la razón; la necesidad fleticia, importuna, exigente, renace á cada instante; en virtud de esa ley fisiológica, de que su órgano, estando excitado y convertido por eso mismo en más excitable, solicita la repetición frecuente de la excitación, y eso en una progresión indefinida. Pero si la fuerza de una voluntad superior ó de circunstancias extrañas no cambia esta necesidad nacida de la costumbre, se puede caer en la debilidad indirecta ó aniquilamiento por escaso de estímulo, sobre todo abandonándose á los groseros instintos de la animalidad.

Quede, pues, probado que la vivacidad, la continuidad de las impresiones, aun con la tolerancia del hábito, no puede prolongarse más allá de una cierta medida, es preciso detenerse, limitarse, tener discreción, sobrepasar multiplicados sufrimientos. Sin embargo, para muchos hombres no es así. Se sabe que nada se economiza para alejar el fastidio: el hambre, la sed, las fatigas estremadas, las olas del mar, el estrago de los cañones, la enfermedad, la muerte, son recursos para apaciguar al monstruo; las locuras, los crímenes, los prodigios de las artes, los sacrificios, la miseria, no tienen frecuentemente otro origen que el terror del aburrimiento. ¿Qué no se ha hecho para combatirlo? Hay hombres que temen aun la atraz monotonía de su bienestar perpetuo: quieren la agitación; saben que un siglo de vida sin fastidio no sería más que un momento. ¿Juzguese lo que sucederá cuando haya hábitos arraigados! Cuando su segundo temperamento es, por decirlo así, superior al primero! El dolor, el aniquilamiento, la enfermedad, el apresuramiento de la muerte, son diques alguna vez impotentes; esto es lo que se observa en los jugadores desenfrenados, en los individuos habituados á los licores fuertes, á fumar el tabaco, y sobre todo el opio, etc. La misma observación es en no todo aplicable á la moral, que siempre está ligada á las oscilaciones orgánicas; la carne es el cómplice y el instrumento del espíritu en el mal como en el bien.

Lanzado por esta disposición instintiva, que todo órgano excitado se hace por esta misma razón más excitable, se deja ir á excesos cuyos resultados son infalibles, aunque al principio pasen desapercibidos; y en los futuros contingentes, la sobreexcitación, *natura cupidinum*, llega muy pronto á un grado en que ya no hay equilibrio posible entre la excitación y la selectibilidad; la salud está comprometida desde entonces para siempre, á este punto desastrosos llegan los desarreglados, los lujuriosos, sin prudencia, sin cálculo, sin consideración, sin reflexión. Decir metafísicamente la carne es débil, es expresar á un mismo tiempo la necesidad de excitación inherente al organismo, y los peligros de la sobreexcitación; porque si la carne es débil, el espíritu no está siempre pronto, es decir, que las determinaciones instintivas dominan frecuentemente á la razón ó á la fuerza intelectual.

En efecto, lo que trabaja y corroe la existencia en nuestra época, lo que la debilita y estenua, es el punzante deseo de enriquecerse, y eso lo más pronto posible, aun á riesgo de no gozar lo que se ha ganado, obtenido y acumulado hoy; los aguilones de la personalidad impelen al hombre por todas partes, y no le dejan ni paz ni reposo. ¡Ah! se cree que la causticidad devoradora, el espíritu quisquilloso, ardiente é inflamado de los negocios, que atormentarse sin cesar por el presente y el porvenir, agitarse vivamente bajo el estímulo de los intereses, mirar lo superfluo, no ya como necesario, sino como una necesidad imperiosa, apresurarse á vivir para adquirir, buscar á todo precio la fortuna, luchar con ella cuerpo á cuerpo, esponiéndose á sus cambios inciertos y terribles, tener continuos y violentos deseos de enriquecerse para colocarse sobre la escala superior, sin consultar sus fuerzas, no ver, en fin, más que lo que se desea, y no lo que se puede, contando siempre con la felicidad de mañana, que no llega jamás; se cree que todo eso puede mantener ese equilibrio saludable de la excitabilidad, ese tipo de moderación vital que da á la salud uniformidad, constancia y duración? La sociedad es como un

vasto campo de batalla, donde se está á la vista del enemigo; es preciso estar continuamente en guardia, prudente y vigilante, escudarse contra los intereses opuestos; ciertamente hay en esta fuerza impulsiva de una civilización extrema, alguna cosa que tiende fatalmente á la debilidad, á la deterioración orgánica, y los efectos corresponden demasiado á las causas. Mucho peor es cuando se vive habitualmente en la atmósfera inflamada de las pasiones. Diríase entonces que la suerte, constantemente enemiga, se burla de los hombres como de los acontecimientos. En todo caso, los primeros pierden dos cosas muy preciosas, el reposo y la salud. ¡Qué cosa más propia á coartar el principio vital, á romper los resortes de la economía, de las alternativas de reveses y de triunfos, los cuidados de la intriga, las incertidumbres del amor propio, y la hiel corrosiva de la envidia! ¿Qué locura deteriorar su vida, su ser, para adquirir á su costa un bienestar ficticio é imaginario! Es verdad que en esas vicisitudes de la existencia, las excitaciones morales, elevando las fuerzas sobre su medida ordinaria, parecen aumentar su energía, y aun es peligroso, puesto que la fuerza orgánica que se tiene de reserva, es provocada, activada en la mayor parte de los casos. Mas ¿qué importa los hombres siempre querrán mejor quejarse que sanar, y sobre todo, que prevenir los males que les aguardan. Así fue en todos tiempos, se dirá; nada se corregirá.

La experiencia, esa grande fundadora de todo lo que vive, no es siempre escuchada; nada más verdadero; pero hay el mas ó el menos, y jamás ha llegado al grado que hoy el desce, el ardor de ganar, de enriquecerse para acumular y legar. Así se ha observado que ciertas enfermedades, por ejemplo, los aneurismas del corazón, las congestiones cerebrales, las afecciones nerviosas del sistema nervioso, las enajenaciones mentales, etc., son infinitamente más frecuentes hoy que en otro tiempo; especialmente en las grandes ciudades se elevan las cifras á una cantidad espantosa. A lo menos en ciertos excesos, la prudencia combate, la edad interviene; en el hombre dotado de un poco de buen sentido, la razón no deja completamente las riendas, aunque parezca á las veces aflojarlas; pero cuando se trata de ambición, de honor, de ganancia, de avaricia, el demasiado jamás es bastante. La edad nunca da calma, la enfermedad apenas se detiene; nada hay más que la muerte que pueda decir: aquí está el límite, *non procedes amplius*.

El profundo Pascal habla conocido lo que puede la indolencia. «Nada, dice, es insostenible al hombre como estar en un completo reposo; sin pasiones, sin negocios, sin aplicación, sin diversiones; entonces siente su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío; al punto salen del fondo de su alma el fastidio, la tristeza, el disgusto, la melancolía, el despecho, la desesperación.

Así la higiene conveniente á un anciano, aunque existan principios fundamentales, no conviene á otro anciano sino en muy pocos puntos. Leaslus no pudo soportar el régimen, mas que pitagórico, que tan bien había probado el veciano Comaro. Un septuagenario había escrito la nota siguiente que observaba á su edad:

«Primera comida: un vaso de agua pura á las nueve de la mañana, y un pedazo de pan senado.

«Segunda comida: una sopa, un asado, una compota, un vaso de vino añejo á las dos de la tarde.

«Tercera comida: un pascó sin fatigarse á las cuatro de la tarde.

«Cuarta comida: un poco de arroz con leche, un vaso de agua con azúcar á las nueve de la noche, y acostarse á las diez.»

Esa nota llevaba por epígrafe: *Experta erede*. Es seguro que estas cuatro comidas convendrían á muy pocos.

Uno de mis colegas, de edad de ochenta y tres años, refería á los tres puntos siguientes la higiene que ha prolongado su carrera: «Como poco, pascó mucho y tengo buen humor.» Otro octogenario aseguraba haberse siempre limitado á estas reglas: poco alimento, mucho ejercicio, por lo demás, un dedo de vino en uno de agua. El mariscal de Richelieu, á los ochenta y seis

años, cenaba un albórceligo medio cocido en agua, y polvoreado con azúcar, ó bien una manzana, según la estación. Estas diversas costumbres, buenas en sí mismas, son, sin embargo, muy susceptibles de modificación, aunque es necesario basarlas en reglas generales.

«El arte, decía Garanc al príncipe de Talleyrand, es excitar vuestro apetito; no me corréisponde arreglarle;» y el artista tenía razón. Según Boerhave: «Queréis saber las causas de las enfermedades? *cocini munera*, comad los cocineros.» Así los aficionados á la buena mesa, los glotones, los gastrónomos, los investigadores de buenos bocales, gozan rara vez de una buena y completa salud, porque confunden casi siempre el apetito, ó mas bien la excitación del paladar, con las necesidades del estómago, al que imponen un enorme trabajo de digestión. Los delicados y juiciosos gastrónomos, saben, por el contrario, pasearse para gozar y saborear mejor; conocen el arte de impedir á los alimentos proveer de materiales á las enfermedades. Se puede ser sobrio sin ser delicado; pero acordados de que jamás se puede ser delicado sin ser sobrio. No se trate de lisonjear y heatificar todas las potencias del gusto, es necesario una proporcionalidad á las facultades orgánicas. Desde ese momento no es gastrónomo el que quiere; la razón es evidente. La verdadera gastronomía es la expresión de una organización distinguida, que no existe sin esa moderación, que come con reflexión y no para satisfacer al puro instinto animal. No te buaqueis, pues, entre los que viven para comer, para digerir si pueden; gentes para quienes el paladar habla mas alto que el estómago. ¿Qué se espera del hombre de quien puede decirse: *Animus sanguine et adipis suffocatur*, caído en la caducidad miserable de su noble naturaleza? No es siempre posible seguir con todo rigor el consejo de Sócrates, evitar el gustar los alimentos que se comen cuando no se tiene hambre, y los licores cuando tiene una intención de beber no teniendo sed. Pero puede neutralizarse ese inconveniente por otros medios: el más seguro es interponer en los placeres de la mesa, que toma aquí, por ejemplo, intervalos mas ó menos prolongados, que vienen á ser por esto mismo el origen de nuevos placeres. Hábito es que un literato, yendo de tiempo en tiempo á Londres, y obligado, por decirlo así, á hacer largas y laboriosas comidas, prevenía toda incomodidad poniéndose á dieta un día á la semana. El hombre prudente, dotado de razón, obra siempre y en todo de esta misma manera; yo acepto estas palabras de un célebre gastrónomo: «el estómago es quien recibe las trufas, pero es la conciencia quien las digiere.» Hé ahí una incontestable verdad fisiológica, en el sentido de que los verdaderos placeres existen con el sufragio del corazón, y que es preciso separar siempre las voluptuosidades de la inquietud que las precede y del gusto que las sigue.

Se ha bebido vino para fortalecerse; se ha usado el tabaco, el opio, el betel para alegrarse; se ha jugado para distraerse; pero no se han detenido á tiempo; se ha aumentado la dosis de la excitación. Bien pronto tiene lugar el hábito; la red está cerrada; nada más difícil que salir de ella. Se encuentran hombres que han contraído graves hábitos, y no menos peligrosos: tan pronto es una sobriedad excesiva, una continencia rigurosa, libaciones mal calculadas, tan pronto comer, trabajar, dormir á horas fijas, aunque el cuerpo debe sufrir de mil maneras. Hay sistema de bienestar que teme á la Dofia, al ligero vientecillo que sopla, á la nube que pasa, etc. También son hábitos extravagantes, unidos á falsos principios.

Una señora joven, por una prevision lúgubrica muy particular, había escrito en su álbum: «Toda una semana acostarse á las diez, levantarse á las ocho, tomar baños, comer poco, evitar las emociones, ser dulce, pacífico, dar la razón á su marido para no alterarse la sangre, tener la tez fresca y sin alteración en la brillante sociedad de M^{...}»